

## LLEGADA A JAMAICA

El 9 de mayo salió de Cuba el General Antonio Maceo y sus acompañantes llegando a Kingston, donde fue recibido con una absoluta frialdad por parte de la numerosa colonia cubana que se encontraba exiliada en esa isla inglesa. Igual recibimiento le hicieron al General Máximo Gómez cuando abandonó la Isla de Cuba. Pero Maceo era de los hombres que no se dejan influir por la primera impresión. Él estaba esperanzado con el espejismo de que contaría con franca ayuda para continuar la lucha por la independencia de Cuba. Que podría regresar a la patria con elementos necesarios para reiniciar vigorosamente la Revolución y cumplir los postulados de la Protesta de Baraguá.

Cuando Maceo llegó a Jamaica, entre las pocas personas que lo fueron a recibir figuraba Doña Micaela del Castillo de Figueredo, acompañada de sus dos hijos Carlos e Inés.

Al observar que las miradas de Doña Micaela era buscando a su esposo al que esperaba en el mismo vapor que conducía al General Maceo y no verlo un dejo de tristeza se reflejó en su rostro, pero como mujer entera que era, de una integridad a toda prueba, se dijo para sí: habrá tenido que quedarse...

Inmediatamente Maceo le da un fuerte abrazo y le dice:

—«Don Félix vendrá dentro de dos o tres días. Está esperando a la vieja y a María y lo comisioné como hombre de absoluta confianza para que las acompañe. No quería dejarlas solas por si se presentaba algún inconveniente. Yo confío en Don Félix como si fuera mi propia persona.»

A los pocos días llegó el vapor francés que conducía a la madre y esposa del General Maceo, junto con el Dr. Félix Figueredo. Maceo, con Doña Micaela del Castillo y sus hijos esperaban ansiosos la llegada del vapor.

En el acto notó el Dr. Figueredo en la expresión del General Maceo un motivo de disgusto. Nada quiso preguntarle. Su táctica era siempre



Teniente Coronel José Lacret.

dejar hablar. Que le comunicaran sus impresiones primero, para poder formular su juicio después.

Cuando pudieron estar solos el General Maceo le contó el ambiente de frialdad que había encontrado en Jamaica por parte de la emigración cubana. El terrible desencanto que le había producido todo ello. Los cubanos de la emigración estaba contra el Pacto del Zanjón, como nosotros, pero, sin embargo, no ayudaban en nada. No se incorporaba ni un solo hombre ni se recibía una sola bala...

Trató el Dr. Figueredo de calmar un tanto al General Maceo, sacando palabras justificativas donde no las había, pues en el fondo era tan pesimista como su jefe y amigo, pero nada le apuntó. Todo lo contrario, le dio ánimo y le dijo que esperara la reunión que celebrarían esa misma noche para ver con qué elementos tantos de hombres como de fondos se podía contar para reanudar la lucha por la independencia de Cuba.

El Dr. Félix Figueredo se unió a su familia. Sus hijos estaban crecidos. Su mujer a pesar de su carácter íntegro, se notaba un tanto cansada, de tanta lucha, de tantas angustias y penalidades que pasaba en la emigración.

Después en el seno del hogar Micaela le contó todas las miserias del exilio, cómo hablaban, cómo denigraban a los que estaban peleando en la manigua exponiendo su vida y derramando su sangre y por el contrario ellos nada hacían para aliviar esa situación. Eso sí, hablaban mucho. Publicaban muchos periódicos. Criticaban todo pero no se veía nada en beneficio de la Revolución.

Figueredo no expresó sus opiniones en ningún momento y sólo meditaba en el futuro de Cuba, en los compañeros que habían quedado en la manigua aguardando el regreso.

Como en 1868, hizo un análisis general de su vida. Se dio cuenta que estaba ya viejo —no tanto por edad como por cansancio— ya que había luchado durante muchos años y había ofrecido a la causa de la libertad de Cuba todo lo que tenía. Nada le quedaba, ni recursos ni nada. Solamente su mujer y sus dos hijos. Tenía que rehacer su vida. Que comenzar de nuevo. El ideal de la independencia se iba opacando en su cerebro ante la realidad de los acontecimientos. Desde luego él nunca se había hecho muchas ilusiones del esfuerzo de la emigración.

Pero no se quiso impresionar por su pesimismo y pensó dejemos pasar unos días. El cambio sufrido por nosotros es muy violento, de la manigua a una urbe civilizada. De la hamaca a una cama, de la carne

<sup>4</sup> Figueredo Socarras, Fernando. Obra citada, p. 323.

de caballo o de jutía a comer con toda normalidad... Todo ello influía en su ánimo y optó por lo último, dejar pasar un poco el correr del tiempo.

El fracaso de la reunión de Kingston fue el colofón de esta lucha.

«En una reunión popular a la que asistieron en su casi totalidad los emigrados cubanos de Kingston, presidida por Maceo —dice José Luciano Franco—. solamente se reclutaron cinco hombres y se recogieron siete chelines para ayudar a la Revolución.»<sup>297</sup>

El fracaso de esta reunión fue el fin de la Guerra de los Diez Años. El propio Maceo creyó su deber informar a los compañeros que había dejado en la manigua cubana esperando por su regreso. A ese efecto envió al Teniente Coronel José Lacret, su ayudante, para que informase al Gobierno presidido por el Mayor General Manuel Calvar la verdad de la situación de los emigrados cubanos en Jamaica, donde creía encontrar un firme apoyo y una cantidad de refuerzos de carácter extraordinarios.

El Teniente Coronel Lacret retornó a Cuba y se reunió con el Gobierno de la República en Armas, dándole cuenta del frío recibimiento que le hicieron a Maceo, del resultado negativo de las reuniones celebradas en la casi totalidad de la emigración cubana en Jamaica.

El mensajero de la mala nueva, como dice Fernando Figueredo: «el Teniente Coronel Lacret venía hondamente impresionado traía nada menos que la convicción de que eran ilusorias las ofertas de auxilio del extranjero, por lo menos, refiriéndose a Jamaica. Estaba convencido que la causa de Cuba era abandonada de todos, y como él decía, maldecida, por el cielo...»<sup>298</sup>

El desconcierto entre las fuerzas libertadoras cubanas seguía creciendo en todas las zonas. El Gobierno ante las malas noticias que había traído el Teniente Coronel Lacret, estimó que no era posible esperar más. Había que resolver la situación. Y en honor de la verdad como dice Fernando Figueredo: «fue aquel el primer momento en que se habló en la residencia del Gobierno formalmente de la paz».<sup>299</sup>

---

<sup>297</sup> Franco, José Luciano. «La vida heroica y ejemplar de Antonio Maceo.» Instituto de Historia. La Habana, 1963. p. 38.

<sup>298</sup> Figueredo Socarras, Fernando. «La Revolución de Yara.» M. Pulido y Cía. Impresores. La Habana, 1902, p. 319.

<sup>299</sup> Figueredo Socarras, Fernando. Obra citada, p. 3 20.

Y así se decidió en la reunión del 19 de mayo de 1878, que el Gobierno de la República en Armas adoptara la siguiente resolución: «Considerando que la situación porque atraviesa la lucha que el Ejército de Oriente mantiene sin auxilio de ningún género, es tan aflictiva y se hace del todo imposible sostenerla por más tiempo. Considerando que el pueblo de la Revolución se ha pronunciado por una inmensa mayoría a favor de la Paz. Considerando que el Ejército carece en absoluto de elementos de guerra y de boca con que continuar la azarosa contienda que ha venido sosteniendo desde el 23 de marzo próximo pasado, en que se rompieron nuevamente las hostilidades. Considerando que las noticias recibidas recientemente han venido a hacerle perder toda esperanza de obtener recursos de la emigración para salvar la precaria situación en que los acontecimientos han colocado al país. Considerando que el prolongar la lucha por más tiempo sería sacrificar víctimas estérilmente. Considerando que el Gobierno, sin embargo, que no quisiera hacer uso de las facultades que le concede la Carta Constitucional, votada y acordada por el plebiscito de Baraguá en la noche del 17 de marzo próximo pasado, se ve en la triste y penosa necesidad de hacerlo, impelido por las fuerzas de las circunstancias.»<sup>4</sup>

Así terminó la Guerra de los Diez Años...

<sup>4</sup> Figueredo Socarras, Fernando. Obra citada, p. 323.